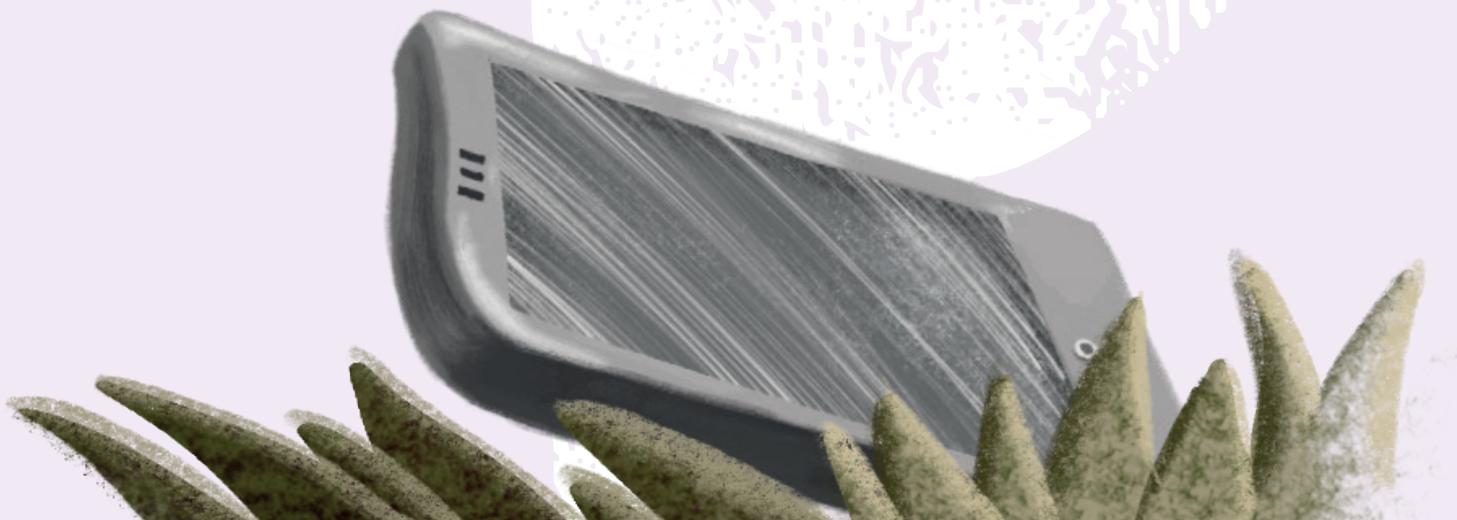
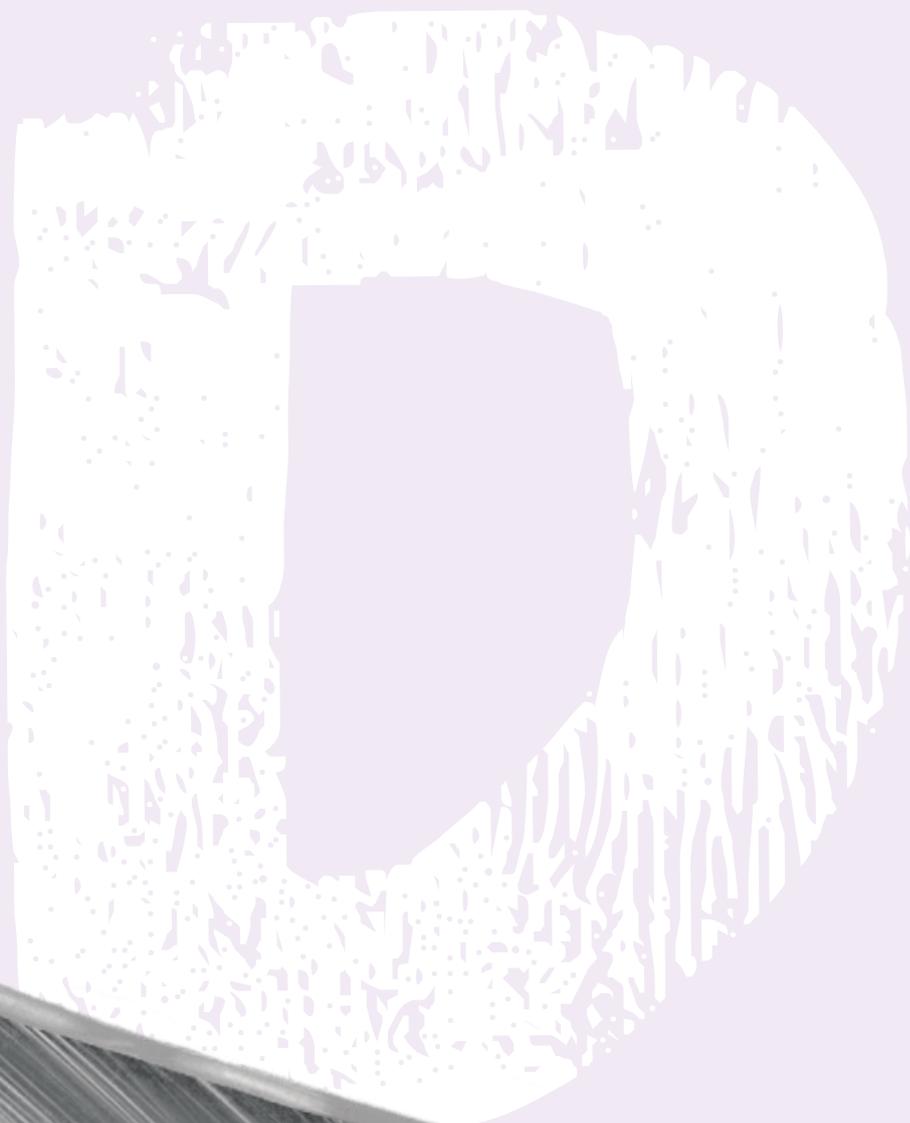


PiNOCHO

Nº5





PINOCHO

Nº5

Érase una vez una ingeniera de electrónica y robótica llamada Geppetta, que vivía rodeada de sus magníficas creaciones mecánicas. *La mujer había construido numerosas máquinas y dispositivos que facilitaban la vida cotidiana de las personas. Algunas de sus creaciones eran robots para realizar operaciones médicas que permitían conseguir intervenciones más precisas y seguras para los pacientes; otras consistían en mejoras de las máquinas que realizaban procesos de fabricación peligrosos, para que se hicieran de forma automática y así no arriesgar la vida de las personas; y controles para subir o bajar las persianas a través de un interruptor y controlar la iluminación y la seguridad del hogar desde un dispositivo móvil.* Geppetta era el perfecto ejemplo de que, la ingeniería, servía para mejorar nuestro día a día. Aun así, su mayor tesoro no eran sus creaciones, sino su hijo, un niño al que había criado desde pequeño con todo el amor y cuidado que se puede ofrecer. Lo cierto es que la vida de Geppetta y su hijo era completa. Pasaban los días explorando la ciudad, jugando y aprendiendo juntos, y Geppetta se sentía agradecida de tener un hijo tan maravilloso.



Julietto, el retoño de Geppetta, era un joven dulce, alegre y curioso. Desde pequeño mostró un gran interés por la ciencia y la tecnología, lo que no sorprendió a su madre, quien le había transmitido su amor por la ingeniería y la robótica. Además, era muy honesto y siempre decía la verdad. Un día, mientras cruzaba la calle, el hijo de Geppetta estaba tan absorto mirando su teléfono, que no se dio cuenta de que se acercaba un coche en su dirección. Aunque el coche trató de frenar, no pudo hacerlo a tiempo y se llevó a Julietto por delante, terminando con su vida. La muerte de su hijo fue un durísimo golpe para Geppetta. La tristeza y la culpa se apoderaron de ella, ya que se sentía responsable de no haberle enseñado lo suficiente sobre educación vial para haberlo protegido de los peligros que le rodeaban. Ya tuvo otro susto parecido hace unos años, pero Julietto le juró y perjuró que nunca volvería a mirar el móvil mientras cruzaba la carretera, pero no fue así.



La muerte de la persona que más quería le sumió en una profunda tristeza. Muchos decían que podría incluso llegar a ser una depresión lo que la llevó a perder las ganas de vivir. Se aisló del mundo, sufría dificultades para dormir y se hundió en un estado de tristeza constante y en un sentimiento de culpa y de vacío. Sus mejores amigos, muy preocupados, le sugirieron que buscara la ayuda de un especialista para poder elaborar su duelo ante una pérdida tan significativa. Sin embargo, Geppetta, encerrada en sí misma, decidió canalizar sus sentimientos a través de la creación de un robot que, erróneamente, pensó que sustituiría a su hijo.



Tardó casi un año en culminar su creación, para la que utilizó los materiales más avanzados que existían en la época. *El cuerpo del robot estaba hecho de la unión de metales ligeros, pero resistentes, recubiertos de un tejido sintético suave y flexible como la piel humana. Sus ojos eran sensores ópticos que le permitían capturar imágenes en alta definición y sus oídos eran receptores con alta sensibilidad gracias a los que comprendía el lenguaje humano con gran precisión. Sin embargo, lo más impresionante de esta obra era su cerebro artificial, diseñado para ser lo más parecido posible al de un humano. Este cerebro estaba programado para aprender de su entorno y de las experiencias que vivía. Para ello, Geppetta utilizó algoritmos de inteligencia artificial avanzada y redes neuronales complejas, que permitían que este niño robótico aprendiera de forma autónoma y mejorara continuamente.*

Además, le introdujo una característica para evitar lo que le pasó con Julietto y la mentira que le costó la vida: cada vez que no dijera la verdad, a su futuro hijo robótico le crecería la nariz. Para esta idea se inspiró en un estudio de unos científicos que comprobaron que, cuando mentimos, la temperatura de nuestra nariz baja, mientras que la de la frente aumenta. Esto se debe a que para mentir tenemos que pensar y planificar nuestras excusas, lo que provoca que aumente la temperatura de la frente. Geppetta también se aseguró de que su exterior tuviera un aspecto humano de lo más realista. Trabajó en cada detalle, desde su cabello sintético hasta las arrugas en la piel, para hacerlo lo más parecido posible a un niño humano. A su creación le llamó Pinocho.



Cuando estuvo completo, lo puso en marcha y dijo: “Hola, soy tu madre, Geppetta”. Fue entonces cuando pareció como si el robot cobrase vida y comenzó a moverse torpemente, como si estuviera despertando de un largo sueño. Sus ojos brillaron con una luz azul intensa y su rostro se iluminó con una sonrisa. Era como si el robot supiera lo mucho que le había deseado. Geppetta extendió la mano hacia Pinocho y este la agarró para estrecharla. Ahí fue cuando la mujer rompió en lágrimas emocionada por el “nacimiento” de Pinocho, su proyecto más ambicioso y desafiante hasta la fecha.

Con el paso de las semanas descubrió que Pinocho no era como cualquier otro robot que se había creado anteriormente. Era curioso y quería aprender sobre todo lo que le rodeaba. Muy a menudo esto le llevaba a meterse en problemas y ponerse en peligro, lo que preocupaba a Geppetta, además de que mentía sin parar para no preocupar a

su madre. Lo sabía porque cada vez que lo hacía, le crecía su robótica nariz. Pinocho no escuchaba y se adentraba en la ciudad una y otra vez deseoso de vivir nuevas aventuras. Quién le iba a juzgar por ello, si era como un niño y no hacía daño a nadie.

Un día de los que Pinocho salió a explorar la ciudad, se encontró con un grupo de niños jugando en el parque. Su cerebro, programado para reaccionar a aquello que le rodeaba de manera natural, le empujó a jugar con ellos. Pinocho se acercó y les pidió amablemente unirse, pero los niños, al darse cuenta de que Pinocho era un robot, comenzaron a burlarse de él y a arrojarle cosas. Él no entendía por qué los niños lo trataban así. De vuelta a casa, contó a su madre Geppetta lo que había sucedido. Esta le advirtió que no volvería a acercarse a los humanos a no ser que fuera acompañado por ella. “Los niños pequeños no estaban preparados para Pinocho”, pensó su madre.



Pasadas las semanas, Geppetta decidió llevar a Pinocho a una exposición de arte moderno. Allí, los visitantes se maravillaban con las creaciones más innovadoras y rompedoras. Sin embargo, cuando los presentes vieron a la ingeniera acompañada por Pinocho, se armó un revuelo tremendo y los organizadores de la exposición los invitaron a salir del recinto, argumentando que allí solo podían entrar humanos y que “aquello”, refiriéndose al niño robótico, era una aberración. “Los adultos tampoco están preparados para mi hijo”, reflexionó Geppeta. De regreso, la mujer notó que Pinocho estaba muy triste, aunque esto no fuera posible, ya que era un robot y no tenía sentimientos. Quizá era la culpabilidad de Geppetta, al saber que no estaba haciendo bien las cosas, la que le llevó a pensar tal cosa. Si pudiera sentir, Pinocho desde luego no sería feliz.

Después del último incidente, Geppetta decidió que lo mejor era que Pinocho no saliera nunca más de casa. No quería arriesgarse a que algo peor pudiera suceder. Su hijo robótico pasó días enteros allí encerrado mientras Geppetta intentaba distraerlo con juegos y actividades. Fue entonces cuando reflexionando llegó a la conclusión de que su dolor por la muerte de Julietto no podría curarse con la creación de Pinocho. Lo que necesitaba Geppetta era aceptar la muerte de su hijo y aprender a vivir con ella poco a poco. Comenzó a buscar ayuda en diferentes lugares, hablando con amigos y familiares hasta que, por fin, se sintió preparada para contactar con un psicólogo. Con el tiempo fue capaz de gestionar mejor sus emociones, comprenderlas y aceptar la muerte de su hijo. Además, encontró una forma de honrar y homenajear su memoria a través de un proyecto sobre seguridad vial y señales inteligentes que pudieran prevenir, en la medida de lo posible, accidentes como el de Julietto. Aquella idea fue muy bien recibida por los habitantes de la ciudad. Entre tanto, Pinocho seguía encerrado en casa día tras día viendo el mundo exterior a través del cristal de la ventana. Mientras le miraba apenada, Geppetta llegó a la conclusión de que no estaba siendo justa con Pinocho y decidió cambiar el propósito para el que le había creado. “El mundo no ha estado preparado para Pinocho hasta ahora, pero lo estará”, exclamó decidida. Geppetta no quería tener a un hijo a cualquier precio, la vida no funcionaba así, por lo que decidió que iba a luchar porque el resto del mundo entendiera las virtudes de Pinocho. Para ello, la forma más sencilla que se le ocurrió fue incluirle en su aclamado proyecto sobre seguridad vial. Geppetta comenzó a enseñarle a Pinocho las señales de tráfico y lo que significaba cada una de



ellas. Además, le formó sobre cómo atravesar la calle de manera segura y le explicó que siempre debía mirar a ambos lados antes de pasar y esperar a que los coches se detuviesen completamente. También le indicó que debía buscar pasos de peatones para cruzar y utilizarlos siempre que fuera posible. Para practicar, Geppetta y Pinocho se acercaban a los pasos de peatones y cruzaban la calle juntos, siguiendo todas las reglas de seguridad vial que habían aprendido.

Con el tiempo, Pinocho se convirtió en un gran conocedor de la seguridad vial y cada día experimentaba una nueva aventura mientras ayudaba a las personas a cruzar las calles de manera segura. Así, junto a su inventora, comenzó a enseñar a los niños y adultos de la ciudad las reglas de seguridad vial y cómo aplicarlas en su día a día. Pinocho, gracias a su labor, fue comprendido por la sociedad y pasó a formar parte de ella, y Geppetta se sintió orgullosa de haber creado a un robot tan útil, comprometido con la seguridad de las personas y con un fin que, ahora sí, tenía todo el sentido del mundo.